





SONIA SIERRA

**NUNCA SERÉ
TU MADRE**

Platero
COOLBOOKS 

Título: Nunca seré tu madre

Primera edición: junio, 2025

© 2025, del texto Sonia Sierra.

© 2025, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 1225-2025

ISBN: 979-13-87720-21-6

A mis padres, que me enseñaron a ser libre.



Los hijos que no tuvimos se esconden en las cloacas
—Luis Eduardo Aute



ÍNDICE

Capítulo 1	11
Capítulo 2	15
Capítulo 3	21
Capítulo 4	25
Capítulo 5	31
Capítulo 6	35
Capítulo 7	39
Capítulo 8	43
Capítulo 9	45
Capítulo 10	51
Capítulo 11	55
Capítulo 12	59
Capítulo 13	65
Capítulo 14	71
Capítulo 15	77
Capítulo 16	83
Capítulo 17	89
Capítulo 18	95
Capítulo 19	103
Capítulo 20	111
Capítulo 21	117

Capítulo 22	125
Capítulo 23	131
Capítulo 24	137
Capítulo 25	143
Capítulo 26	149
Capítulo 27	157
Capítulo 28	169
Capítulo 29	177
Capítulo 30	181
Capítulo 31	187
Capítulo 32	193
Capítulo 33	199
Capítulo 34	209
Capítulo 35	221
Capítulo 36	229
Capítulo 37	239
Capítulo 38	245
Capítulo 39	251
Capítulo 40	259
Capítulo 41	265
Capítulo 42	269
Capítulo 43	275
Capítulo 44	283
Agradecimientos.....	89

CAPÍTULO 1

Una perezosa luz de principios de septiembre entraba por la galería de aquel quinto piso de la calle Aribau y se difuminaba por entre las cajas sin abrir, unas cajas cargadas con las promesas de una nueva vida. Mariela, con unos teja-dos gastados, una camiseta de The Doors y su pelo castaño recogido con una pinza, se arrodilló junto a una de ellas, cortó la cinta adhesiva con un cúter y empezó a sacar tazas y platos envueltos en papel de periódico que fue metiendo en el lavavajillas. Agus no podía tomarse el día libre para la mudanza y, aunque cuando se lo dijo le dio rabia no poder compartir la alegría del inicio de la vida en común, no quería estropear el momento, así que apartó ese pensamiento de su cabeza y se entregó a la tarea de colocar las cosas en su sitio con entusiasmo.

Sentada sobre el parqué de nogal, jugueteó con su pulsera de lapislázuli antes de abrir la siguiente caja. Agus y ella se habían conocido hacía cuatro años en una *calçotada* en Gracia a la que la había invitado Gloria y, nada más conocerlo, sintió la fuerte determinación de que quería que fuera su pareja. Nunca le habían atraído los hombres rubios, pero, desde el momento en el que se lo presentó su amiga, se quedó enredada entre aquellos cabellos tan finos y atrapada en sus ojos azules y algo achinados que la miraban con una media sonrisa que no le dejaba muy claro si le estaba tomando el pelo o le estaba hablando en serio. Estuvieron hablando

durante el vermú y, aunque durante la comida no se sentaron juntos, él aprovechó que la gente empezaba a levantarse durante los postres para deslizarse entre las sillas y ponerse a su lado. Ya no se separaron en toda la tarde, ni luego, por la noche, cuando sus amigos dijeron de seguir la fiesta por los bares de la ciudad.

Él le contó que era abogado y le habló con entusiasmo de su profesión, incluso del turno de oficio que, le dijo, permite que todos los ciudadanos sean iguales ante la ley y que tengan acceso a una buena defensa. A ella le gustó ese sentido de la justicia y que tuviera un trabajo estable frente a su precariedad permanente como periodista. Al día siguiente, para su sorpresa, la llamó para invitarla a ir al cine y allí, en la cola de Renoir Floridablanca, y luego, cuando él se acercó a su oído para hacerle un comentario divertido sobre *Slumdog Millionaire* —la película que estaban viendo y que Mariela ya nunca olvidaría— y sus manos se rozaron unos segundos más que en un roce ocasional, ella acabó de confirmar que quería estar con ese hombre para siempre. Y, con esa determinación de las personas acostumbradas a trabajar duro para conseguir las cosas, siguió allí cuando Agus prefería hacer planes con sus amigos que con ella, aquellos fines de semana en los que la noche se juntaba con el día en lo que parecía una fiesta eterna y en los que ella sentía que él no había encontrado todavía el momento de ponerle fin a una adolescencia que se estaba alargando demasiado. Le costaba aguantar en la relación cuando su novio parecía haberse borrado del mundo y no daba señales de vida, pero él siempre volvía a buscarla y, poco a poco, aquellas fiestas con los amigos se fueron espaciando en el tiempo hasta casi desaparecer, quizá porque la mayoría de ellos se iban emparejando e, incluso, algunos habían empezado ya a tener hijos.

Cuando ya estaba prácticamente todo colocado en su sitio, un silbido anunció la llegada de un mensaje. Era Gloria, que le preguntaba si le iba bien que se pasara por su nueva

casa. Mariela le contestó que sí y, pocos minutos después, ya estaba en la puerta. Cuando Mariela abrió, Gloria la abrazó.

—Mira lo que traigo —le dijo alzando una botella de vino blanco.

Mariela sacó dos copas recién lavadas y las puso sobre el mármol de la cocina mientras Gloria descorchaba la botella.

—Qué bien que tu casa esté tan cerca del estudio de yoga y de mi piso.

—Sí —respondió Mariela—, ahora somos casi vecinas.

Gloria sonrió. Llevaba su larga melena morena recogida en una coleta alta que dejaba despejado su rostro de rasgos exóticos. Tenía unos ojos grandes enmarcados por unas cejas negras perfectamente dibujadas y su nariz pequeña —lo único pequeño de su cara— daba armonía a aquellas facciones de pómulos marcados rematadas por unos labios carnosos.

—Nunca pensé que acabarías viviendo con Agus —dijo mientras se bebía un sorbo de vino.

—Mujer de poca fe —rio Mariela.

—Cierto, conociéndote tendría que haber supuesto que conseguirías vencer las resistencias del soltero de oro de la abogacía patria.

Aunque, en realidad, ya hacía tiempo que Agus pasaba cada vez más días en casa de Mariela, a ella también le pilló por sorpresa que le pidiera que se fueran a vivir juntos. El día en el que cumplían tres años de su primera cita, él le propuso cenar en el restaurante Arola del Hotel Arts y, aunque no era una persona demasiado detallista, en los postres sacó un pequeño saquito de terciopelo granate que fijaba el fruncido con una par de monedas agujereadas y se lo dio. Era una bonita pulsera de lapislázuli. Fue entonces cuando se lo dijo: tenía ganas de formar una familia y de tener hijos con ella. Esa noche hicieron el amor dulcemente y, al día siguiente, Mariela ya no se tomó la pastilla y empezaron la búsqueda de un piso para iniciar una nueva vida juntos.

—Me voy ya —dijo Gloria después de un rato rememorando el pasado.

—¿Tan pronto?

—Sí, es que he quedado con un americano para que me haga un masaje *qi gong*.

—No tengo ni idea de qué es eso.

—Ya te lo explicaré. Creo que el fin de semana que viene Elsa no tiene al niño. Podríamos quedar y os pongo al día.

Mariela le dio el bolso a Gloria y entonces se fijó en que era de Prada.

—¿Otro bolso nuevo?

Gloria se rio. Toda la espiritualidad que desbordaba su amiga en las clases de yoga desaparecía en cuanto había bolsos o zapatos de marca por medio.

—Ya tú sabes —le dijo riendo mientras la abrazaba.

Al poco de irse Gloria, llegó Agus y, tras besarse largamente en la entrada, Mariela lo cogió de la mano para enseñarle cómo había quedado el piso.

—Luego lo veo —dijo él.

Y la cogió en brazos para depositarla suavemente sobre la cama.

CAPÍTULO 2

—Anda, explícanos eso del *qi gong* —la apremió Elsa.

—Ma-ra-vi-llo-so —contestó Gloria.

—¿Y a este de dónde lo has sacado? —le preguntó Mariela.

—Es de California, pero su hermana vive en Poble-sec. Ha venido a visitarla y se ha cogido un bono para venir al centro de yoga mientras está aquí. En realidad es informático, pero empezó a estudiar *qi gong* y ahora se dedica también a eso.

—Pero, ¿qué es? —insistió Elsa.

—Son técnicas de sanación relacionadas con la medicina china tradicional.

—Ya —dijo Mariela—, pero lo que nosotras queremos saber es cómo las ha puesto en práctica contigo.

Gloria se rio. Iba a empezar a explicarlo cuando llegó el camarero con una fuente de tempura picante de langostino tigre. Una vez que se fue, siguió hablando.

—Estábamos tumbados en mi cama, yo con ropa interior y él con camiseta y uno de esos pantalones tailandeses que me vuelven loca. Y entonces empezó a hacerme un masaje profundo en toda la zona del abdomen y del vientre y luego lo hicimos y fue...

—¿Cómo? —preguntaron Elisa y Mariela a la vez.

—Espectacular, uno de los mejores orgasmos de mi vida.

—Por favor, pásame a uno de esos contactos, que lo mío empieza a ser ya urgente —suplicó Elsa.

—Puedes nombrarme tu directora de *casting* si quieres, porque tengo un buen ojo increíble para estas cosas. Fíjate, a Mariela le presenté a Agus y mira.

Mariela asintió con la cabeza sonriendo al recordar aquella primera *calçotada* a la que no le apetecía demasiado ir, pero a la que acabó acudiendo ante la insistencia de Gloria que empezaba a no sentirse cómoda con sus antiguos amigos.

—Aunque si os digo la verdad, no fue un orgasmo: fueron tres.

—Eres una cabrona —le dijo Elsa riendo—. Como eres multiorgásmica, todos los tíos se quedan enganchados a ti.

—¿En serio crees que es por eso? —preguntó Gloria.

—Claro, los pillas por el ego. Ellos no saben que para ti es tan fácil tener orgasmos y cada uno se cree que es por sus méritos. Y de ahí les viene el enganche que cogen todos contigo. Oye, ¿y tú qué? ¿Cómo va tu nueva vida con Agus? —preguntó Elsa a Mariela.

—La verdad es que muy bien. Últimamente ya pasaba tanto tiempo en mi casa que era como si viviéramos juntos, pero está siendo incluso mejor de lo que esperaba. Y bueno, con lo buscar un niño, es un no parar.

—Mira, no vuelvo a quedar con vosotras —protestó Elsa mientras tiraba la servilleta sobre la mesa—, porque me vais a costar una depresión.

Las tres rieron de nuevo. Para Mariela aquella comida fue, además de divertida, tranquilizadora. Unos días antes le había tocado cubrir la manifestación de la Diada, que aquel año había sido realmente multitudinaria. En general, el 11 de septiembre siempre había sido vivido con cierta indiferencia por la mayoría de los catalanes, que solían aprovechar aquel festivo como último coletazo del verano y lo habitual era que Barcelona se quedase vacía. Pero aquel año

había sido diferente: Artur Mas pretendía sacar a la gente a las calles para fortalecer su envite contra el Gobierno central y que, en opinión de Mariela, se había inventado con tal de no tener que hacer frente a la indignación de la gente por los recortes que había perpetrado. Mas no acudió a la manifestación para, según sus palabras, preservar la neutralidad institucional, pero dio órdenes a los medios afines para que la publicitaran durante todo el verano y luego aseguraron que habían participado en ella un millón y medio de personas. Más tarde, un par de estudios desmintieron la cifra y la redujeron a la mitad, pero en el imaginario popular quedó grabada la cifra de un millón y medio.

Y, en cierta manera, la cifra daba igual porque lo que era innegable es que estaban lanzando al mundo imágenes muy potentes. A Mariela, que había cubierto otras muchas manifestaciones de todo tipo, le sorprendió ver el número de pantallas gigantes y de cámaras al hombro que había a lo largo de todo el recorrido. «TV3 no es que retransmita la manifestación: es que participa en ella», pensó mientras estaba allí. Durante todo el día, las pantallas difundían la programación especial de la cadena pública para retransmitir lo que denominaban un «acontecimiento histórico», sintagma que hizo fortuna y, a partir de ese momento, Cataluña se vio desbordada por tantos «acontecimientos históricos» que el concepto acabó vaciado de contenido. Se sentía en medio de una multitud que se mostraba encantada con su propio reflejo en las pantallas, como Narciso al contemplarse en el agua del río. Estaba rodeada de personas que buscaban las cámaras y saludaban a un público imaginario. Los manifestantes desfilaban y se contemplaban mientras desfilaban, a la vez que pensaban extasiados «*el món ens mira*¹» en medio de aquella comunión de almas que se veían a sí mismas haciendo historia y se deleitaban con sus reflejos en las

1 El mundo nos mira.

pantallas. Mariela entrevistó a varios participantes que oscilaban entre los que se declaraban con orgullo independentistas de toda la vida y los que justificaban su repentina conversión por el robo sistemático a los que, según ellos, les sometía Madrid. Otros, sin embargo, lo veían más como una estrategia para presionar al Estado central para conseguir una mejor financiación. Y allí estaban todos, perfectamente uniformados con la camiseta que le habían comprado a la ANC y con sus datos personales gustosamente cedidos a esta organización paragubernamental al inscribirse en su tramo correspondiente de esa multitudinaria manifestación, que más que una manifestación parecía una coreografía norcoreana de cierto aire naif.

Y es que, a medida que se acercaba la fecha, parecía evidente que la manifestación iba a ser un éxito, por lo que acabaron acudiendo varios miembros del gobierno catalán. Y, aunque el presidente Mas no estuvo presente, sí que le dio su apoyo explícito, con lo que evidenció lo que iba a ser el *procés*² en los meses siguientes: un cúmulo de eufemismos para lograr sumar al máximo de gente posible, un pedir la independencia sin pronunciar nunca esa palabra.

Una vez constatado el éxito de la convocatoria, convenientemente facturado en las impresionantes imágenes de la televisión pública catalana, Mas acudió a Madrid para pronunciar una conferencia en uno de los desayunos del Foro Nueva Economía y decidió ponerse al frente del caudal que significaba aquella manifestación masiva y abandonó el tradicional discurso de CiU, que hasta ese momento había sido contemporizador con Madrid siguiendo la máxima convergente del *peix al cove*³. Allí, frente a la ausencia de miembros del Gobierno español y ante la frialdad de empresarios y directivos de grandes compañías, planteó con crudeza lo que para él era un conflicto entre Cataluña y el

2 Proceso.

3 Pez en el cesto.

Estado cuya única solución, ante la cerrazón de España, era un Estado propio para Cataluña que podía ser federal, confederal, confederado o asociado y reivindicó que, para ello, era necesario un referéndum de autodeterminación. Y como en una profecía autocumplida, cuando fue al encuentro del presidente del Gobierno, un Mariano Rajoy con las calles de Madrid incendiadas por los recortes impuestos por Europa y el poco margen que le otorgaba tener el país completamente endeudado, este le negó, como era de prever, el pacto fiscal que Mas había ido a reclamar. En ese momento, el presidente catalán escenificó la ruptura de los puentes y, al llegar a Cataluña, fue aclamado como un héroe por los suyos. «Tenemos ahora un mandato de la calle, que no se puede ignorar, porque un gobernante no puede cortar las alas de la ilusión de un pueblo», dijo. Y así, a lomos de un populismo que empezaba a galopar desbocado, aquella manifestación del 11 de septiembre de 2012 lo comenzó a transformar todo.

Lo cierto es que, mientras Mariela estaba allí en medio, cubriendo la Diada rodeada de *estelades*, tuvo claro que algo había cambiado y no sabía qué consecuencias acabaría teniendo. Y no solo fue la cantidad de gente que vio en las calles, sino también las fotos que fue observando en Facebook de amigos que jamás habían tenido ningún tipo de simpatía por el independentismo, pero que acudieron a aquella manifestación que, con el lema «Cataluña, nuevo Estado de Europa», convertía, por primera vez, la idea de la independencia en algo masivo. De repente, le parecía que toda la gente que conocía se había vuelto independentista. No le preocupaba Gloria, porque su interés por la política era nulo y no solía ver la televisión ni leer la prensa, hasta el punto de que si ese martes no había salido de casa, era probable que ni tan siquiera se hubiera enterado de la gran manifestación, pero tenía sus dudas con respecto a Elsa. Esta, sin embargo, hacia el final de la comida, expresó también sus temores.

—No sé si son muy conscientes de lo que están haciendo —dijo—, porque una vez que sacas algo de un recipiente es muy difícil volver a meterlo.

—Ya, es como lo de la caja de Pandora —apostilló Mariela—, aunque en el fondo de todo, quedó la esperanza. Y la esperanza es lo último que se pierde.

La sobremesa se alargó perezosamente y luego decidieron volver a casa dando un paseo desde la zona alta de la ciudad, caminando por la Diagonal y bajando después por Rambla Cataluña mientras miraban tiendas de ropa, así que Mariela llegó a su piso cuando ya estaba bastante avanzada la tarde. Agus la esperaba tumbado en el sofá leyendo un libro. Fue hacia él y lo besó.

—¿Qué tal con las chicas? —le preguntó mientras se quitaba las gafas de lectura.

—Muy bien, muy divertido, como siempre —le respondió Mariela mientras se acurrucaba en su pecho.

Él la empezó a acariciar, primero dulcemente, hasta que le cogió la mano y se la puso sobre su sexo excitado.

—Anda, vamos a hacer un niño —le susurró mientras la besaba.

Y es que, de repente, parecía que tener un hijo era lo principal en la vida de Agus. Con la misma pasión que había vivido sus noches de juventud y con el mismo ahínco que había puesto en triunfar profesionalmente, ahora quería tener un hijo. Mariela siempre había pensado que un día le gustaría tener un bebé, pero nunca antes, hasta que él se lo había propuesto, se lo había planteado como una opción real y, de repente, todo giraba alrededor de eso y ella ya no sabía si de verdad deseaba tener un hijo o se había enamorado en el deseo de Agus, que se le había metido por dentro hasta enredarse en sus entrañas.